

¿Totalitarismo o dictadura terrorista? El nazismo y el estalinismo en el debate desde la historiografía y la teoría política.

María Dolores Rocca Rivarola¹

“In some ways, as Michael Mann began his essay in this volume by commenting, the Stalinist and Nazi regimes ‘belonged together’. The unprecedented inroads into all walks of life attained in both systems through new techniques of mass mobilisation and new levels and types of repression and terror are crucial features that bracket these regimes together and distinguish them from other modern dictatorships. It amounted to a ‘total claim’ that both regimes made on their societies”.

I. Kershaw and M. Lewin. *Stalinism and Nazism. Dictatorships in comparison.*²

Introducción

El análisis de los regímenes estalinista y nazi ha contribuido a generar una intensa polémica entre la denominada “escuela del totalitarismo” y sus críticos. Ambos sectores han desarrollado, más que nada desde la teoría política, una profusa argumentación acerca de la naturaleza de aquellos fenómenos a partir de sus basamentos ideológicos y su accionar represivo sobre la sociedad civil.

Por otro lado, desde la historiografía –particularmente en los estudios posteriores a la caída de la Unión Soviética y del comunismo en Alemania Oriental-, observando ambos regímenes desde sus inicios, durante su proceso de consolidación y hasta su caída, se han destacado ciertos aspectos que contradicen -aun cuando en muchos casos, no haya sido su objetivo participar en aquella controversia teórica- tanto esta supuesta centralización absoluta y monolitismo del nazismo y del estalinismo como su pretendida penetración en todos los resortes de la sociedad civil, es decir su efectivo carácter totalitario.

El propósito de este trabajo es, a través de un relevamiento bibliográfico, acercar ambos abordajes, el historiográfico y el efectuado desde la teoría política, para establecer entre éstos un diálogo, mediante el cual, se apunta a complementar ambas tesis teóricas (la que considera al nazismo y estalinismo regímenes totalitarismos y la que descarta este carácter en aquellos) con nuevos aspectos históricos que las respalden o impugnen.

¹ Lic. en Ciencia Política. Docente ‘Historia Contemporánea’ (FCS -UBA).

² Kershaw, I. and Lewin, M. (eds.), *Stalinism and Nazism. Dictatorships in comparison* (Cambridge, 1997). p. 344.

El totalitarismo en el debate de la teoría política

El concepto ‘totalitarismo’ hace su aparición en 1923, en los trabajos de opositores locales al fascismo italiano, provenientes de distintas orientaciones políticas.³ Pero dos años después, será el mismo fascismo el que se apropié del calificativo que sus opositores le habían asignado, cuando en junio de 1925, Mussolini hable de ‘la feroz voluntad totalitaria’ del régimen. Y finalmente, el término será incorporado por Gentile, filósofo oficial del gobierno, en la *Enciclopedia Italiana*, como definición del fascismo.⁴

Dado el origen del concepto, tal vez se nos presente como contradictorio el hecho de que para el debate que orientará el presente trabajo no hagamos referencia al fascismo italiano sino sólo al estalinismo y al nazismo. Esta decisión de excluir el caso italiano parte de la comprobación de que aquél, a pesar de sus ambiciones, distó de ser un totalitarismo en los términos en que la misma ‘Escuela del Totalitarismo’ define un régimen de este tipo. En la relación entre el Estado y el Partido, en el alcance del control estatal sobre las distintas instituciones, en la represión de las fuerzas políticas y en el grado de autonomía práctica de la sociedad civil respecto del Estado, se vuelve ostensible que el fascismo italiano no puede ser rotulado como un totalitarismo, más allá de los deseos y recursos discursivos de su líder e ideólogos.

Así como Gentile se valía del término para la concepción que del fascismo quería esbozar, fueron algunos intelectuales como Jünger⁵ y Schmitt⁶ quienes elaboraron construcciones conceptuales de una suerte de *Estado total*, ‘una entidad novedosa, capaz de movilizar todas las energías de la sociedad, de controlar la economía, la cultura, la opinión pública, es decir, de *estatizar* la sociedad civil’.⁷

En la abundancia de definiciones del concepto provistas por autores como Lefort⁸, Arendt⁹, Friedrich y Brzezinski¹⁰, Neumann¹¹ y Payne¹², abundancia relevada por Kershaw¹³,

³ Traverzo menciona a amándola, liberal; a Basso, socialista; y a Sturzo, católico.

⁴ Traverzo, E., *El totalitarismo. Historia de un debate* (Buenos Aires, 2001). p. 32.

⁵ Citado por Traverzo, *El totalitarismo. Historia de un debate*, p. 37.

⁶ Schmitt, C., *El concepto de lo político* (México, 1985).

⁷ Traverzo, E., *El totalitarismo. Historia de un debate* (Buenos Aires, 2001). p. 39.

⁸ Lefort, C., ‘La cuestión de la democracia’, *Revista Opciones* (Santiago de Chile, 1985).

⁹ Arendt, H., *Los orígenes del totalitarismo* (Madrid, 1974).

¹⁰ Friedrich, C. J. y Brzezinski, C. K., *Totalitarian dictatorship and autocracy* (Nueva York, 1965)

¹¹ Neumann, F., *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo* (México, 1943)

¹² Payne, S., *El fascismo* (Madrid, 1988)

¹³ Kershaw, I., *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación* (Buenos Aires, 2004)

por Bobbio, Matteuci y Pasquino¹⁴ y por Traverzo¹⁵, emergen, no obstante, ciertas concordancias, ya sea como objetivos o como síntomas de un régimen totalitario. En términos generales, una tendencia a suprimir las fronteras entre el Estado y la sociedad, la absorción de la sociedad civil hasta su aniquilamiento, lo cual según Neumann es la paradoja de una Estado omnipoente que desemboca en un *no-Estado*.¹⁶ Lo político queda eliminado como lugar de alteridad. La lógica totalitaria de dominación alcanzaría, de acuerdo con Arendt, a penetrar la esfera de la vida privada, generando así tal autocoacción que los hombres y mujeres pierden su capacidad para la experiencia y el pensamiento.¹⁷ La presencia de determinados aspectos es un punto de consenso entre las distintas definiciones: ideología oficial, terror policíaco y partido único de masas, con una pretensión de representar en forma absoluta a la sociedad como si ésta fuera una unidad homogénea. Ahora bien, el disenso emerge en relación con los dos casos históricos que han sido tradicionalmente identificados como totalitarismos: el nazismo y el estalinismo. En referencia a los mismos, distintos autores ‘revisionistas’ como Kershaw, Lewin¹⁸ y Fernandes¹⁹ han emprendido, desde los ‘60, una extensa discusión con la denominada ‘Escuela del Totalitarismo’ (Bracher²⁰, Lefort, Neumann, Friedrich y Brzezinski), acusándola de ser un producto teórico de la guerra fría, y de asimilar, por tanto, dos regímenes –nazismo y estalinismo- muy diferentes entre sí.

Según Fernandes, por ejemplo, las teorías del totalitarismo

exageram o poder autônomo do partido/Estado e seu líder na sociedade, desconhecendo ou subestimando os limites e constrangimentos existentes para o seu exercício [...] e baseiam-se em uma falsa concepção monolítica e estática tanto do Estado quanto da sociedade.²¹

Por otro lado, sin rechazar categóricamente a la teoría del totalitarismo, Kershaw sostiene que:

la desventaja decisiva del totalitarismo como concepto es que no dice nada acerca de las condiciones socioeconómicas, funciones y objetivos políticos de un sistema, y se contenta sólo con poner el acento en las técnicas y las formas externas de gobierno (exclusividad de ideología, tendencia a la movilización multitudinaria, etc.).²²

¹⁴ Bobbio, N., Matteuci, N. y Pasquino, G., *Diccionario de Política* (México, 2000).

¹⁵ Traverzo, *El totalitarismo. Historia de un debate*.

¹⁶ Neumann, *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo*, p. 11.

¹⁷ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, p. 575.

¹⁸ Kershaw, I. and Lewin, M. (eds.), *Stalinism and Nazism. Dictatorships in comparison* (Cambridge, 1997).

¹⁹ Fernandes, L., ‘Conceitos Fora Do Lugar: Una Crítica Epistémica mológica das Principias Teorias Occidentais sobre os Estados Socialistas de Leste’, *DADOS, Revista de Ciências Sociais*, Vol. 37, Nº 2 (1994).

²⁰ Bracher, K. D., *La dictadura alemana* (Madrid, 1995).

²¹ Fernandes, ‘Conceitos Fora Do Lugar: Una Crítica Epistémica mológica das Principias Teorias Occidentais sobre os Estados Socialistas de Leste’, p. 192.

²² Kershaw, *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*, p. 61.

La historiografía del nazismo y del estalinismo: ¿Qué características históricas respaldan la tesis del totalitarismo y cuáles la contradicen?

“Al reclamar para sí la totalidad de la sociedad, los nazis no estaban dispuestos a conceder ningún espacio institucional u organizacional que ellos mismos no controlaran. Aunque ese reclamo no llegó a concretarse, no puede caber duda alguna de su intención de controlar todos los aspectos de la sociedad. Así pues, muchas formas de conducta que ni siquiera habrían llamado la atención o que habrían sido consideradas inofensivas en una democracia liberal –por ejemplo, grupos de jóvenes que adoptaban estilos de vestimenta occidentales o que escuchaban música *swing* o músicos que interpretaban *jazz* –fueron politizados y criminalizados en el estado policial nazi, e interpretados como una amenaza para el sistema”

Ian Kershaw, *La dictadura nazi*.²³

‘Inmediatamente después del acceso de Hitler al poder, los teóricos de la política comenzaron a utilizar la idea totalitaria elaborada por los tratadistas de derecho constitucional. Todo el poder debía corresponder al Estado. Cualquier cosa distinta de esto era sabotaje de la revolución nacional-socialista. Se describía al Estado totalitario como un orden de dominación y una forma de comunidad del pueblo’.

Franz Neumann, *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo*.²⁴

“En una violenta y convulsiva transición social, económica, cultural y política, de magnitud sin precedente, que duró más de un decenio, en la Unión Soviética de Stalin se estableció un nuevo sistema de gobierno. La peculiaridad de esta transición y el propio sistema recién creado, que calla y oculta su propia identidad, está en que ocurrió dentro de la continuidad básica de la estructura de autoridad, con un intento consciente por establecer una continua base de legitimidad, con la conservación de la mayor parte de los símbolos, ritos y aun la terminología de la era anterior. Fue una revolución disfrazada de continuidad”

Seweryn Bialer, *Los primeros sucesores de Stalin*²⁵

‘Una revolución desfigurada no es necesariamente sinónimo de aniquilación totalitaria de la política’.

Enzo Traverzo, *El totalitarismo. Historia de un debate*.²⁶

Aunque Traverzo se refiere, en su advertencia, al régimen de Fidel Castro en Cuba, podríamos valernos de la misma, no tanto para discutir los supuestos elementos de continuidad entre la revolución bolchevique y el estalinismo, cuestión que excede el marco del presente trabajo, sino más bien como disparadores, al igual que las palabras de Bialer, de una pregunta clave: ¿Acaso aquél régimen unipersonal, que aniquiló a sus mismos sustentadores y que aspiró a revolucionar a la sociedad soviética entera desde sus bases económicas hasta sus valores, podría ser denominado totalitario? ¿Cómo sustentar tal denominación con hechos históricos?

En cuanto al nazismo, tanto la cita de Kershaw como la de Neumann postulan un claro propósito del régimen en relación con su presencia absoluta en cada rincón de la sociedad

²³ Ibíd. p. 260-261.

²⁴ Neumann, *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo*, p. 68.

²⁵ Bialer, S.: *Los primeros sucesores de Stalin* (México, 2000), pp. 63-64.

²⁶ Traverzo, Enzo: *El totalitarismo: Historia de un debate* (Buenos Aires, 2001), p. 7.

civil, y los intentos discursivos de presentar a esta última como un todo. Lo que las distingue es su diagnóstico acerca de la efectiva realización de tal designio y tal vez sea a través del relevamiento y análisis de hechos históricos objetivos que podamos brindar una contribución a este debate.

Traverzo observa, en el estalinismo, una operación deliberada de falsificación de los valores que el mismo régimen proclama:

Un Estado que se decía democrático pero que se parecía más bien a aquello que el pensamiento político clásico había definido como despotismo; que se quería ateo pero practicaba el culto solemne de sus jefes, momificándoles como íconos sacros; que proclamaba una lucha implacable contra el oscurantismo religioso pero exhumaba rituales de persecución, condena y castigo del todo dignos de la Inquisición; que promulgaba la Constitución más libre del mundo” cuando centenares de millares de hombres y mujeres eran fusilados o enviados, de la manera más arbitraria, a los campos de concentración siberianos.²⁷

De hecho, en esta misma tendencia, los “socialismos reales” de Europa del Este, cuya política fue diseñada e impuesta unilateralmente por la URSS, obtuvieron la denominación de “democracias populares”, en claro contraste discursivo con las prácticas que caracterizaron a estos regímenes hasta su caída a fines de los ‘80 y principios de los ‘90.

El nazismo, por su parte, también habría invertido el significado de una serie de valores morales universales. Es Golomstock quien señala este fenómeno: ‘la decisión significaba fe ciega en el Führer, el optimismo, una actitud acrítica e irracional acerca del presente; la disposición a hacer sacrificios, asesinato o traición; amor significaba odio; honor significaba delación’.²⁸ En este caso, tal inversión reviste un objetivo muy ambicioso, que, de acuerdo con los argumentos de Arendt, es propio de todo régimen totalitario: la transformación no sólo del comportamiento político de los hombres y mujeres de esa sociedad sino también de sus principios, ideas e iniciativa: ‘El propósito de la educación totalitaria nunca ha sido infundir convicciones, sino destruir la capacidad para formar alguna’.²⁹ Es la misma *Naturaleza*, en el caso alemán, y la *Historia* (las denominadas *leyes de movimiento*) en el estalinismo, lo que determina el curso que deben seguir las acciones de los hombres o del Partido. Y las mismas palabras de Stalin, en este sentido, sustentan la afirmación de Arendt:

En política, para no equivocarse y no convertirse en una colección de vacuos soñadores, el Partido del proletariado debe tomar como punto de partida para su actuación, no los “principios” abstractos de la

²⁷ Traverzo, *El totalitarismo: Historia de un debate*, p. 27.

²⁸ Golomstock, I., *Totalitarian Art* (New York, 1990). pp. 214-215.

²⁹ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, p. 567.

“razón humana”, sino las condiciones concretas de la vida material de la sociedad, que constituyen la fuerza decisiva del desarrollo social.³⁰

O más adelante,

Esto quiere decir que el Partido del proletariado, para ser un verdadero partido, debe, ante todo, [...] tanto en lo que se refiere a la formulación de su programa como en lo que atañe a su actuación práctica, arrancar de las leyes de desarrollo de la producción, de las leyes del desarrollo económico de la sociedad.³¹

Y en el caso nazi, el hecho de que el mismo proceso de selección de los miembros de las SS (*Schütz Staffeln* o “escuadras de defensa”) -concebidas como la punta de lanza de la revolución racial³²- obedeciera a criterios biológicos “objetivos” como el fenotipo de los candidatos (Himmler miraba fotografías de cada uno), es un ejemplo para Arendt de que ‘la misma Naturaleza era la que decidía, no sólo quién tenía que ser eliminado, sino también quién tenía que ser preparado como ejecutor’.³³

Otros aspectos del nazismo y del estalinismo también confirman sus pretensiones de penetración en cada resorte de la sociedad civil. La denominada *Gleichschaltung*, que enuncia una suerte de coordinación nazi de las instituciones –una “nazificación” de las mismas - aparece como un intento de absorción de la sociedad civil en todos sus aspectos por parte del régimen, el cual eliminaba o despojaba de contenido a las instituciones y organizaciones tradicionales, creando otras nuevas y adictas, como fue el caso del Frente Alemán del Trabajo³⁴, que vino a reemplazar a los sindicatos intervenidos y suprimidos, a pesar de sus intentos de llegar a un compromiso de sumisión y colaboración con el gobierno desde su llegada al poder.³⁵

En el caso de la URSS, en cambio, el efectivo control del proceso productivo y de la vida sindical por parte del Partido Bolchevique fue logrado antes de la llegada de Stalin al poder. Es entre los años ‘17 y ‘21, según Brinton, que la contraposición entre “control

³⁰ Stalin, J., “Materialismo dialéctico y materialismo histórico”, *Cuestiones del Leninismo* (Buenos Aires, 1947), p. 760.

³¹ Ibíd. p. 769.

³² Payne, *El fascismo*, p. 233.

³³ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, p. 568.

³⁴ Dirigido por Robert Ley, el DAF tuvo, en 1938, un presupuesto mayor al del propio partido nazi (NSDAP).

³⁵ Ramos-Oliveira describe estos intentos de los sindicatos en 1933, poco después de la llegada de Hitler al poder, en enero:

La prensa de los sindicatos reproduce los discursos de Hitler para demostrar a los nazis que hay posibilidad de llegar a un acuerdo [...] por demostrar a Hitler que los sindicatos no serían obstáculo, sino más bien ventaja, para la ‘reconstrucción nacional’ que anuncian los nazis.

Más adelante, Ramos Oliveira cita el discurso de Hans Ehrenheit en el Congreso provincial de los sindicatos libres de Hamburgo. De aquellas palabras rescatamos lo siguiente:

Nos parece lo mejor, y esperamos contribuir a ello, que edifiquemos puentes para quienes, por desconocimiento, desearían destruir, hoy más que ayer, el movimiento sindical. [...] Esta realidad hace posible, por tanto, la colaboración sin dificultades de los sindicatos y el gobierno.

Ramos- Oliveira, A., *Historia social y política de Alemania* (México, 1973). pp. 73-74.

obrero” y “gestión obrera”³⁶, que él considera una maniobra discursiva deliberada por parte del partido, adquiere relevancia y actualidad, en un proceso que culminaría en el siguiente panorama:

Los soviets se convirtieron en instrumentos de funcionarios bolcheviques y se reconstituyó rápidamente un aparato de Estado separado de las masas. Los obreros rusos no consiguieron crear nuevas instituciones que les permitieran dirigir tanto la producción como la vida social [...] La burocracia organizaba el proceso e trabajo en un país cuyas instituciones políticas también controlaba.³⁷

Por supuesto, el estalinismo agudizó el peso del control partidario sobre las distintas instituciones y organizaciones políticas, sociales y económicas. Incluso impuso, a fines de los ‘30, una línea única en el plano de las artes –el ‘realismo socialista’– y, al igual que en otros aspectos del régimen, quienes no absorbieran estas imposiciones, quienes no acompañaran tales premisas y tendencias, eran tildados de desviacionistas.

Tal política cultural, que armoniza con el argumento del estalinismo como totalitarismo, difiere palpablemente de la línea seguida durante los primeros años de la revolución bolchevique, caracterizados por un rico florecimiento de las artes y la educación, en un contexto de relativa libertad artística, de educación “progresiva” y de subvenciones estatales, todo lo cual es descripto por Sheila Fitzpatrick, en su estudio de la gestión de Lunacharski en el *Narkomprós* o Comisariado del Pueblo para la Educación, entre 1917 y 1921.³⁸

Aunque excede el espacio del presente trabajo elaborar un análisis exhaustivo de la política cultural y del arte nazi, algunas de sus características, como su insistencia en el desnudo como revelador de la raza, lo distinguen del arte soviético –el cual evitaba tal manifestación artística por considerar que ocultaba los orígenes de clase.³⁹ Otro contraste podría situarse en un foco nazi en el cine y las artes visuales (por ejemplo, los documentales de Leni Riefenstahl como *Olympiad*, de 1936), a diferencia del énfasis soviético en la literatura. En cambio, el uso de la propaganda como “asalto a fondo a la mente y los sentidos”,⁴⁰ es un elemento común al estalinismo y al nazismo y, junto con la imposición de

³⁶ Dice Brinton:

Controlar es supervisar, examinar o verificar decisiones tomadas por otros. ‘Control’ implica pues una limitación de soberanía o, en el mejor de los casos, una estado de dualidad de poderes. [...] Como todas las formas de doble poder, el doble poder económico es esencialmente inestable. Se convertirá gradualmente en un poder burocrático consolidado (con una clase obrera ejerciendo un control cada vez menor). O se convertirá en gestión obrera, al asumir la clase obrera todas las funciones de dirección.

Brinton, M. *Los bolcheviques y el control obrero* (París, 1972). p. 9.

³⁷ Ibíd. p. 23.

³⁸ Para más detalles sobre la gestión de Lunacharski, ver: Fitzpatrick, S., *Lunacharski y la organización soviética de la educación y de las artes (1917-1921)* (Madrid, 1977).

³⁹ Payne, *El Fasicismo*, pp. 244-245.

⁴⁰ Ibíd., p. 244.

una única línea artística⁴¹, constituye un indicador de las aspiraciones totalitarias de ambos regímenes.

Para algunos analistas del régimen estalinista, éste aparecería como una máquina omnipotente, monolítica y eficaz. Cerca de esta línea, Reiman sostiene que

Hasta la muerte de Stalin en el año 1953 el estalinismo siguió siendo un orden caracterizado por su propia y fuertemente marcada estructura; el sistema de un totalitarismo omniabarcador que desembocó en el terreno político en el régimen autocrático de un dictador no limitado por nada.⁴²

Y Arendt va más allá, argumentando que el terror total del estalinismo (al igual que el del nazismo)

Independiente de toda oposición; domina de forma suprema cuando ya nadie se alza en su camino [...] Reemplaza a las fronteras y los canales de comunicación entre individuos con un *anillo de hierro* que los mantiene tan estrechamente unidos como si su pluralidad se hubiese fundido en Un Hombre de dimensiones gigantescas [...] Destruye el único prerrequisito esencial de todas las libertades, que es simplemente la capacidad de movimiento, que no puede existir sin espacio.⁴³

Sin embargo, en el análisis historiográfico hallamos diversos elementos de los que podríamos valernos para cuestionar el carácter totalitario de ambos regímenes.

En la URSS, tanto en la política económica como en la relación con las fuerzas políticas y la sociedad, el control del régimen no es absoluto sino que existen ciertas limitaciones, ya sea bajo la forma del problema de la disponibilidad de recursos, el de una incipiente *economía en las sombras* o bajo la forma de un terror paranoico.

La “economía paralela” o “economía en la sombras” es un fenómeno que Feldbrudge considera “parte inevitable y, en cierto grado, indispensable de la actual organización política y socio-económica de la URSS”⁴⁴. Reiman ya identifica a esta segunda economía en los comienzos de los ’30 como respuesta a los primeros síntomas de desabastecimiento: “Las cuotas de consumo fueron rebajadas cada vez más. El mercado negro y la especulación florecieron con abundancia”.⁴⁵ Con el paso de los años, esta economía paralela habría ido creciendo, especialmente a fines de los ’70, aunque ya desde los ’40, su existencia había sido un factor fundamental para el aumento del nivel de vida en la URSS, dada, según Hobsbawm, la deficiencia del sistema de distribución y del sistema de organización de los servicios.⁴⁶ La

⁴¹ En el caso del nazismo se cree que Goebbels habría propuesto la expresión “romanticismo de acero”.

⁴² Reiman, M., *El nacimiento del estalinismo* (Barcelona, 1982), p. 214.

⁴³ Arendt, *Orígenes del totalitarismo*, p. 565-566.

⁴⁴ Feldbrudge, ‘Gobierno y economía en la sombra de la Unión Soviética’, p. 1.

⁴⁵ Reiman, *El nacimiento del estalinismo*, p.197.

⁴⁶ Hobsbawm, E., *Historia del Siglo XX* (Buenos Aires, 2001), p. 384.

misma existencia de la economía paralela y de numerosos actores dispuestos a moverse en ella y reproducirla, estaría desmintiendo, al menos parcialmente, la supuesta eficacia de un régimen totalitario en sus intentos de materializar su penetración en la sociedad civil entera.⁴⁷

Por otro lado, el terror generalizado es frecuentemente presentado, tal como fue mencionado en la introducción, como una de las patas de un todo régimen totalitario. Pero, aún siendo el terror paranoico contra los mismos miembros del partido bolchevique (especialmente quienes habían tenido una crucial participación en la revolución de octubre y estaban, por lo tanto, en condiciones de disputarle a Stalin la hegemonía, alegando su militancia histórica) una clara manifestación de la eficacia del estalinismo como máquina represiva, también constituye, paradójicamente, la prueba de sus limitaciones. De acuerdo con Getty, la profundización de la purga política justamente se debe al miedo respecto de la potencialidad de las víctimas y el aumento del grado de inseguridad de los líderes bolcheviques en relación a su dominio⁴⁸.

Además, este terror político, plasmado, por ejemplo, en la forma de un proceso de depuración a través del cual Stalin reafirmaría su control sobre el aparato estatal y sobre el partido⁴⁹, no puede ser, sin embargo, atribuido únicamente a un plan y a móviles personales del líder sino que, paradójicamente, el rol –ya sea instigador o meramente cómplice- de distintos grupos e intereses desde dentro y fuera del Partido Bolchevique es crucial para entender la propia destrucción del mismo. Ésta es la tesis de Getty y Navmov en su pregunta acerca de por qué fue posible el terror. Y según esta línea de argumentación, que coincide con la crítica de Trotsky, ‘Stalin era simplemente el representante del nuevo estrato oficial’⁵⁰, el creador pero a la vez el producto de la *nomenclatura*, de ese agente colectivo con intereses propios. Por lo tanto, a pesar del amplio alcance del aparato represivo que motoriza el terror generalizado del estalinismo, Getty y Navmov muestran cierto reparo en relación a la supuesta centralización absoluta y monolitismo del mismo. Tales reparos resultan de un análisis de los conflictos entre la élite moscovita del partido y los líderes regionales y de la

⁴⁷ Nove también parece hallar ciertas limitaciones al poder del estado durante el estalinismo; en este caso, en la dirección de la economía. Dice Nove:

El poder del estado y del partido es a la vez demasiado grande y demasiado pequeño. Es lo suficientemente grande como para impedir el desarrollo de actividades espontáneas y autónomas (...) pero a la vez es evidentemente incapaz de asegurar la conexión necesaria entre la oferta y la demanda, y también de imponer disciplina a los trabajadores, los directores de empresa o sus propios funcionarios. El modelo del sistema presupone la omnisciencia y la omnipotencia y muchos de sus problemas derivan de la inexistencia de ambas.

Nove, *La economía del socialismo factible*, p. 171.

⁴⁸ Getty y Naumov, *La Lógica del Terror: Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques, 1932-1939*, p. 35-37.

⁴⁹ En el XVIII Congreso del PCUS, en 1939, había apenas 37 sobrevivientes de los 1827 delegados presentes en el XVII Congreso en 1934.

Fuente: Hobsbawm, *Historia del Siglo XX*, p. 39.

⁵⁰ Getty y Naumov, *La Lógica del Terror: Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques, 1932-1939*, p. 32.

caracterización del mismo Stalin como moviéndose dentro de los parámetros de grupos e intereses contradictorios.⁵¹

El terror intrapartidario no fue un mecanismo tan sistemático en el nazismo. De hecho, Lewin sostiene que con la excepción de la purga de las S.A. (*Sturmabteilung* o ‘Secciones de Asalto’) en la denominada ‘Noche de los cuchillos largos’⁵², el partido nazi en sí mismo no se manejaba a través del terror interno, aunque sí era profundamente autoritario y con una estricta disciplina.⁵³ Y la misma depuración de las SA, la noche del 30 de junio de 1934, fue una medida tomada en pleno proceso de consolidación de Hitler en el poder.⁵⁴ Una posible línea de explicación de este contraste entre Hitler y Stalin respecto del terror al interior de sus respectivos partidos es la que brindan Lewin y Kershaw: El culto a la personalidad de Hitler se elabora ya a partir de 1925, como instrumento central de la unidad partidaria y la cohesión ideológica. La figura de Stalin, en cambio, crece en un contexto de liderazgo indisputable de Lenin y, es, por lo tanto, luego de su muerte, un claro heredero -incluso con menos protagonismo histórico, como ya dijimos, en la revolución de octubre que otros dirigentes bolcheviques. Todo esto, entonces, marca una diferencia importante con el nazismo que puede ayudar a entender la crónica inseguridad estalinista respecto de sus colaboradores y prosélitos, en oposición a la relativamente alta confianza de Hitler en la lealtad personal de sus allegados.⁵⁵

De todos modos, ambos gobernantes establecían una distancia respecto de sus respectivos partidos y sus dirigentes, lo que, en la práctica, implicaba la posibilidad de evitar cargar con la responsabilidad pública por medidas impopulares. Y así, lograban que gran parte de la sociedad pensara, frente a ciertas políticas, que el líder no estaba al tanto de las

⁵¹ Sobre estos conflictos, ver: Getty, A. y Naumov, O., *La Lógica del Terror: Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques, 1932-1939* (Barcelona, 2001).

⁵² Los autores coinciden en resaltar el carácter áspero que había adquirido la relación entre Hitler y Rohm, líder de las SA, luego de la llegada de Hitler a la cancillería. El reclamo de los dirigentes de estas fuerzas para que las mismas, cuyos miembros ya eran casi 3 millones, obtuvieran el rango de ‘ejército revolucionario’, constituyó una amenaza para el ejército regular y, por lo tanto, para la continuidad de Hitler en el poder (por los intentos de golpe que tal miedo de las Fuerzas Armadas podía suscitar). De hecho, Parker dice que el ministro de defensa, Von Blomberg, le comunicó a Hitler que el presidente, Hindenburg, insistía en que si la tensión con las SA no acababa, declararía la ley marcial y entregaría el poder al ejército. Todo esto condujo a Hitler a decidir el ataque nocturno y asesinato de varios dirigentes de las SA y de algunos personajes de la derecha autoritaria, como Von Schleicher, ex-canciller.

Parker, R. A. C., *El siglo XX. Europa 1918-1945* (Madrid, 1987). p. 267.

⁵³ ‘Except for the purge of the SA in 1934, the Nazi party itself was not ruled internally by terror, though it was deeply authoritarian and disciplinarian’.

Lewin, M., ‘Stalin in the mirror of the other’, en: Kershaw, I. and Lewin, M. (eds.), *Stalinism and Nazism. Dictatorships in comparison* (Cambridge, 1997). p. 108.

⁵⁴ Sobre el terror del nazismo sobre ‘los enemigos externos’, en contraste con el terror del estalinismo, más bien dirigido a ‘enemigos internos’, ver Kershaw, I. and Lewin, M., ‘Afterthoughts’, *Stalinism and Nazism. Dictatorships in comparison* (Cambridge, 1997). pp. 354-355.

⁵⁵ Ibíd. p. 352.

mismas, decididas supuestamente por sus subordinados en la administración o en el partido y sin su respectivo consentimiento.⁵⁶

Arendt, desde la ‘Escuela del Totalitarismo’ argumenta que la dominación totalitaria desafía todas las leyes positivas, incluso aquellas que ella misma ha establecido, haciendo aquí la autora explícita referencia a la Constitución soviética de 1936.⁵⁷ ¿Qué podemos inferir de los hechos? Efectivamente aquella constitución fue, según Hobsbawm, ‘totalmente inoperante’⁵⁸. De todos modos, la misma era expresión de gran parte de los cambios políticos, sociales y culturales que terminaron por consolidar el carácter reaccionario del estalinismo. A pesar de que, como relata Hobsbawm, contemplaba la abolición de la norma que colocaba al campesinado en una categoría legal y política inferior, y de que fuera aclamada como la más democrática del mundo, la Constitución de 1936, según Kitchen, implicó una profunda regresión en diversos aspectos de la sociedad soviética, como la moral sexual, a través de la persecución de la homosexualidad, del aborto y del divorcio; la situación de las mujeres y la vida familiar. Previamente, una reforma del Código Penal había determinado un endurecimiento del castigo sobre las actividades consideradas contrarrevolucionarias, pudiendo, a partir de entonces, aplicarse la pena de muerte a familiares de ‘conspiradores’.⁵⁹

En un intento paralelo al que hiciera el estalinismo –a través de la Constitución de 1936- para fijar conductas, valores y moldear un ‘hombre nuevo’, o, en el caso nazi, y en relación con el tema que mencionaremos en lo inmediato, una ‘mujer nueva’, el nacionalsocialismo también se orientó, a través de sus políticas sexuales y, en relación con la cuestión de género, a ejercer una notoria influencia sobre la vida privada de las mujeres en general. Tanto la propaganda pronatalista para las mujeres ‘alemanas’ y la creación de organizaciones femeninas dentro del nacionalsocialismo –la NSF (Liga Nacionalsocialista de Mujeres) y la DFW (Organización de Mujeres Alemanas)– como la política de esterilización (o ‘Prevención de la Vida sin Valor’) que obedecía a supuestas razones eugenésicas

⁵⁶ Lewin y Kershaw afirman que:

When people in Germany were dissatisfied with some of the regime's doings, they still reacted widely and wishfully by saying 'if only the Führer knew...'. Likewise, in Russia, even sophisticated people thought during the deadly hit of the purges that Stalin did not know about these and would have stopped them if he had found out, or even that the accused must have been guilty at least of something. In both cases, the dictators were actually exempted from responsibility.

Ibid. p. 117.

Todo esto guarda patentes similitudes con el ‘algo habrán hecho’ esbozado por gran parte de la sociedad argentina para explicar las desapariciones forzadas durante el denominado Proceso de Reorganización Nacional entre 1976 y 1983, y con las teorías sobre el supuesto desconocimiento del presidente Jorge R. Videla respecto del accionar de los grupos de tareas que llevaban a cabo los secuestros y detenciones clandestinas.

⁵⁷ Arendt, *Orígenes del totalitarismo*, pp. 560-561.

⁵⁸ Hobsbawm, *Historia del Siglo XX*, p. 382.

⁵⁹ Kitchen, M., *El período de entreguerras en Europa* (Madrid, 1992), p. 122.

evidencian un claro móvil totalitario del régimen. De hecho, Bock observa que la ley de esterilización (1933) ‘fue oficialmente proclamada como la primacía del Estado sobre la esfera de la vida, el patrimonio y la familia y como uno de esos campos en los que lo privado es político’.⁶⁰

Esta política sexual y racial del nacionalsocialismo se enmarca en un proceso de sistemática creación de comisiones y organismos que se orientaban a regular absolutamente todos los aspectos de la vida económica, profesional y cultural, con la excepción parcial de las iglesias, cuya relación con el régimen fue, de todos modos, bastante conflictiva.⁶¹ El NSDAP (Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán) contaba con organizaciones incluso en cada distrito (*Oertsgruppe* o “grupos locales”), aun en las manzanas de los barrios, lo cual hacía su control sobre la población mucho más efectivo.

El estalinismo, además del terror político, emprendería, según Reiman, un terror de carácter social, el cual es, para el autor, ‘el núcleo auténtico del estalinismo [...] el ejercicio de la más cruel dominación por la violencia de las más amplias capas populares, su sometimiento a través de una explotación y opresión de intensidad y alcance hasta entonces desconocidos’⁶². La colectivización forzosa⁶³ es, quizás, el ejemplo por excelencia de aquel terror de carácter social. Habiendo el gobierno presentado la colectivización forzosa como una política que respondía al interés obrero y de la economía soviética (ya que el campo venía resistiéndose a entregar las cuotas de producción que el gobierno les exigía periódicamente) –e influyendo tal vez también ‘la profunda desconfianza hacia el campesinado por parte de un partido casi totalmente urbano’⁶⁴– se convocó desde el Estado a la denominada *Campaña de los 25.000 obreros*⁶⁵, que consistió en el reclutamiento voluntario de trabajadores industriales para trasladarse al campo y consolidar allí el proceso de colectivización, todo lo cual habría implicado nuevamente un protagonismo de la clase trabajadora en el régimen (reviviendo el rol jugado durante la guerra civil) y en aras del proyecto de construcción del socialismo.

⁶⁰ Bock, G., ‘Políticas sexuales nacionalsocialistas e historia de las mujeres’, en: Duby, G. y Perrot, M. (dirs.), *Historia de las mujeres*, Tomo 9: *El siglo XX. Guerras, entreguerra y posguerra*. (Madrid, 1993). p. 175.

⁶¹ Sobre la relación las iglesias ver Payne, *El Fascismo y Kershaw, La dictadura nazi*.

⁶² Reiman, *El nacimiento del estalinismo*, p. 211.

⁶³ Sobre la colectivización forzosa, ver Azqueta Oyarzun, D.: *Teoría económica de la acumulación socialista* (Madrid, 1983).

⁶⁴ Nove, *La economía del socialismo factible*, p. 177.

⁶⁵ Sobre la ‘Campaña de los 25.000’, ver, Viola, *Los mejores hijos de la patria: los obreros en la vanguardia de la colectivización soviética*.

En este sentido, la clase trabajadora

estaba destinada a asumir un rol similar al que Lenin atribuía a la *intelligentsia* de la socialdemocracia en el *¿Qué hacer?*. Si los esfuerzos espontáneos de la clase obrera requerían la guía consciente de la *intelligentsia* socialdemócrata en 1902, para 1929 esa clase había adquirido el status de fuerza consciente, con la responsabilidad de conducir al espontáneo campesinado hacia el socialismo.⁶⁶

Este carácter de una suerte de vanguardia necesaria para la consolidación del socialismo en el campo podía tener efectos positivos nada desdeñables sobre el imaginario social de una clase que, luego de haber sido ‘los favoritos del régimen’⁶⁷ durante el período de la NEP –disfrutando, como marca Lewin, de acceso preferencial a las escuelas, a los altos cargos y al partido–, había sufrido, debido a las mismas características de la NEP, un proceso de estratificación interna, que fue acentuándose con el Primer Plan Quinquenal y con las posteriores políticas gubernamentales (tal como observan Lewin y Clarke).

El hecho de que esta creciente diferenciación social en la industria, sumada a las despóticas relaciones laborales del estalinismo no se haya traducido, según Lewin, en una división política, obedece a diversos factores que aquel autor menciona, ninguno de los cuales parece vincularse al alcance represivo del régimen ni a su nivel de penetración ideológica en la población. Entre tales factores se encuentran: la movilidad social ascendente de la que muchos se beneficiaban, el escaso nivel cultural de los estratos más bajos del proletariado y su escasa experiencia industrial (muchos eran recién llegados del campo).

Lo cierto es que, al menos de acuerdo con el trabajo de Clarke, Fairbrother, Borisov y Bizukov, los obreros industriales como colectivo social se encontraban en una situación de relativa impotencia en cuanto impugnadores políticos del régimen. Para estos autores tal condición es una de las caras de una paradoja:

Los trabajadores soviéticos parecen revestidos de poder, en la medida en que los gerentes deben realizar concesiones para garantizar su cooperación, pero los trabajadores eran débiles en tanto se les negaba una efectiva representación y carecían de medios para una resistencia colectiva. Las concesiones a los trabajadores eran realizadas sobre bases estrictamente individuales y discrecionales, no como expresión y resultado del poder de los trabajadores (ni de un ‘contrato social’), sino como la expresión y resultado de una jerarquía paternalista autoritaria.⁶⁸

Aunque el análisis de estos autores refiere a años posteriores, y durante el estalinismo las relaciones gerencia-obreros no revestían este carácter de negociación y persuasión, el colectivo obrero sometido a relaciones laborales despóticas sí desarrolló, ya

⁶⁶ Viola, *Los mejores hijos de la patria: los obreros en la vanguardia de la colectivización soviética*, p. 27.

⁶⁷ Lewin, M., *The making of the soviet system*, trad. por Ezequiel Adamovsky (Oficina de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras, 1994), p. 4.

⁶⁸ Clarke, S; Fairbrother, P.; Borisov, V; y Bizukov, P., ‘La privatización de empresas industriales en Rusia: cuatro estudios de caso’, en: *Europe-Asia Studies*, vol. 46, N° 2, trad. por Elsa Pereyra (1994), p. 3.

en ese entonces, formas un tanto más indirectas de resistencia como expresión de su descontento, desde las agresiones a los stajanovitas y capataces, las protestas y huelgas hasta los robos de materiales e insumos en la fábrica, e incluso la negligencia en el trabajo (ausentismo o *proguly*, constantes cambios de personal entre las fábricas, alcoholismo, rotura de máquinas, menor productividad, etc.), todo lo cual es señalado por Lewin⁶⁹ pero también por otros autores. Para Reiman, por ejemplo, la baja disciplina laboral –no revertida siquiera con la campaña de 1929 en pro de ‘la intensificación de la disciplina laboral’, durante la cual se calificó a los obreros soviéticos de “vagos, bebedores, gandules y pendencieros”⁷⁰– constituye la prueba de que ‘la resistencia de los trabajadores no había sido quebrada’.⁷¹ Nove también resalta estas formas de resistencia cuando explica que ‘la experiencia soviética muestra que a los directores les resulta difícil hacer frente a los lentos ritmos de trabajo, al absentismo, a la embriaguez, a los pequeños robos; y sería erróneo suponer que unos trabajadores aterrorizados hacen lo que se les ordena [...] la influencia ejercida desde abajo, aunque no esté organizada, es mayor de lo que pudiera aparecer’.⁷²

La resistencia a la política económica del estalinismo reviste un carácter diferente en el campo. Allí, el sacrificio del ganado, los ataques a funcionarios del gobierno, las rebeliones armadas y los levantamientos de mujeres son algunas de las formas que este rechazo a la colectivización forzosa adquirió. Incluso la propagación de rumores constituía una manifestación de esta resistencia. Así lo documentó Anna Louise Strong, a partir de sus visitas al *Koljós* ‘Fortaleza del Comunismo’, al cual llegaban distintos labradores para verificar si los rumores eran ciertos:

Especialmente las mujeres querían ver las viviendas, los jardines de niños, y la guardería. ‘¿Es verdad –preguntaban– que ponen a todos los niños en carros y los mandan adonde no pueden verlos? ¿Es verdad que tejen ustedes una manta común de 75 metros de largo debajo de la cual tienen que dormir juntos todos los comuneros?’ Tales eran los rumores con que los *kulaks* habían asustado a las mujeres.⁷³

O, como relata Viola

Los obreros [de la campaña de los 25.000] hacían frente a rumores tales como los siguientes: ‘los niños pasarán hambre en la granja colectiva’, ‘el poder soviético sólo durará hasta febrero’, ‘cortarán el

⁶⁹ Lewin, M., *The making of the soviet system*, p. 2 y 8.

⁷⁰ Reiman, *El nacimiento del estalinismo*, p. 198.

⁷¹ Ibíd., p. 199.

⁷² Nove, *La economía del socialismo factible*, p. 126.

⁷³ Strong, A. L., *La conquista del trigo por los soviets* (Madrid, 1932), p. 101, citado en: Ehrenburg, I; Ostrovski, N; Strong, A. L.; Sholojov, M.; Uspenskii, G., *Fuentes sobre el campesinado ruso*, selección y traducción por Ezequiel Adamovsky (Oficina de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras, 2001), p. 22.

cabello a las mujeres y marcarán sus frentes', y así de seguido. Por todo el campo se pregonaba que había comenzado el reinado del Anti-Cristo en la tierra.⁷⁴

Pasemos entonces, al caso alemán. El tema de la resistencia de la sociedad civil alemana al nazismo es materia de un extenso debate, especialmente en relación con sus logros y su alcance. En líneas muy generales, se admite que la misma fracasó en términos estratégicos (Broszat⁷⁵, Joll⁷⁶, Kershaw⁷⁷), dado que no logró estorbar u obstaculizar los objetivos fundamentales del régimen. Mommesen, citado por Kershaw, agrega otra dificultad experimentada por estas fuerzas: "a diferencia de los movimientos de resistencia en los territorios ocupados, el pensamiento y planeamiento político de la resistencia alemana estaban muy influenciados por la falta de certeza acerca de cómo podría reaccionar la población, la mayoría de la cual durante la mayor parte del tiempo apoyó a Hitler".⁷⁸

Avanzando en estas conclusiones desalentadoras, Kershaw sostiene que la resistencia, a pesar de que hubiera en la sociedad disenso y oposición a ciertas medidas específicas, carecía de apoyo popular de base, incluso en la misma clase obrera.

Al margen de todo lo recién expuesto, deberíamos reconocer la existencia de un fenómeno que Broszat denomina *Resistenz* –que distingue del término *Widerstand* equivalente a ‘resistencia’ - y que el autor define como acciones que buscaron y lograron un efecto limitante sobre el gobierno y la ideología nacionalsocialista. Ejemplos de *Resistenz* serían las huelgas, las críticas desde la Iglesia, la no participación en reuniones nazis, la negación a usar el saludo ‘Heil Hitler’, el relacionarse con judíos estando aquello prohibido, la fraternidad con obreros extranjeros, las objeciones de los campesinos a la legislación agraria, etc. Al introducir este concepto de *Resistenz*, Broszat revolucionaba, en los 70, la historiografía de Alemania Occidental (RFA) sobre la resistencia antinazi, cuyos estudios hasta ese entonces estaban centrados en la oposición de élite por parte de conservadores y militares -más allá de los trabajos que estudiaban la lucha de la Iglesia y el movimiento de la ‘Rosa Blanca’ de Munich (1942-1943)⁷⁹- y basados en una premisa de ‘resistencia sin el

⁷⁴ Viola, *Los mejores hijos de la patria: los obreros en la vanguardia de la colectivización soviética*, p. 45.

⁷⁵ Citado por: Kershaw, *La dictadura nazi*.

⁷⁶ Joll, J., *Historia de Europa desde 1870* (Madrid, 1983).

⁷⁷ Kershaw, *La dictadura nazi*

⁷⁸ Las palabras de Mommesen aparecen en su trabajo publicado en el libro: Graml, H. et al., *The German Resistance to Hitler* (Londres, 1970). El mismo es citado por Kershaw en: Kershaw, *La dictadura nazi*.

⁷⁹ Movimiento estudiantil universitario de resistencia que, liderado entre otros por los hermanos Hans y Sophie Scholl in Munich, llevó adelante una serie de actos de protesta contra el nazismo y, más especialmente, contra al GESTAPO. Sus dirigentes serían perseguidos, arrestados y condenados a muerte. Sobre este movimiento, ver Shirer, W., *The Rise and Fall of the Third Reich* (New Cork, 1960). pp. 1022-1023.

pueblo”. Y tal premisa se debía a la idea de que la resistencia popular no puede existir en un Estado totalitario. Justamente, este último punto es esencial para el debate que estamos examinando en el presente trabajo.

Podríamos preguntarnos si la existencia misma de una resistencia popular refuta la afirmación del nazismo como un totalitarismo. Incluso admitiendo que la respuesta es, por lo menos, compleja, y no hay consenso al respecto, sí nos inclinamos por aceptar, en cambio, que quedaría planteada una primera disyunción entre los propósitos totalitarios del régimen y su efectiva y plena realización como tal.

Cuando la idea del monolitismo totalitario nazi comienza a hacer agua, a partir de distintos estudios en los '60 que sugerían, por ejemplo, estructuras policráticas en el sistema de gobierno, el interés historiográfico por la conducta de grupos ajenos a las élites y por sus acciones cotidianas en rechazo de diversos aspectos del régimen, se verá incrementado, surgiendo en tal coyuntura, por tanto, el ‘Proyecto Baviera’, dirigido por Broszat. Su antecesor en tal desarrollo conceptual, Hüttenberger, proveyó un argumento innegablemente relevante para la pregunta que antes planteábamos respecto de la posibilidad de una resistencia popular en un régimen totalitario y que Kershaw reproduce:

La resistencia es producto y reflejo del sistema de gobierno mismo; la naturaleza de ese gobierno define la naturaleza de la resistencia. Y entonces, de ello se desprende que cuanto más amplia sea la pretensión del gobierno, *mayor*, no menor, será la resistencia, ya que el régimen mismo convierte en resistencia conductas y acciones que no lo serían en el gobierno “simétrico” de un sistema pluralista y democrático.⁸⁰

La *Resistenz*⁸¹ de Broszat se enmarca en un enfoque “funcional”, más que “intencional”, de las acciones, es decir, centrado en el efecto de bloqueo o restricción parcial de la penetración social del nazismo, más que en las motivaciones de los protagonistas de estos movimientos, fueran aquellas un razonamiento moral, un resentimiento social o una ideología. Aunque tal conceptualización se hizo acreedora de duras críticas⁸², consideramos aquí que las acciones concebidas como *Resistenz* sí constituyeron un límite a la penetración y control nazi sobre la sociedad civil.

Como vemos, el análisis de la resistencia al régimen nazi y al estalinismo es un punto fundamental del debate sobre su carácter totalitario. A nuestro parecer, el reconocimiento de

⁸⁰ Kershaw, *La dictadura nazi*, p. 256.

⁸¹ Según Kershaw, este concepto, muy difícil de traducir desde el alemán, implicaría una idea de “inmunidad” en el sentido que se le da desde la medicina o de “resistencia” con las definiciones que de ella da la física.

⁸² Siendo especialmente importantes las de Hofer, que sostiene que sin la denominada *Resistenz*, no habría habido diferencia en los alcances del régimen (guerra de aniquilamiento, genocidio, etc.). Sobre las críticas al concepto de Broszat, ver Kershaw, *La dictadura nazi*.

las particulares manifestaciones de resistencia a las que hemos aludido demuestran, por lo menos, que más allá de los propósitos de ambos regímenes, el valor del rótulo de “totalitarismo” es extremadamente cuestionable a la hora de intentar dar cuenta de la esencia práctica de aquéllos.

Por otro lado, aunque resulte por lo menos problemático hablar de “apoyos” cuando se trata de un régimen de violencia sistemática bajo la forma de un terror masivo tanto político como social, podríamos identificar algunos de los factores que contribuyeron a una suerte de apoyo activo y racional de una parte de la población al estalinismo y al nazismo, apoyo que nos obliga a descartar la idea de masas pasivas, penetradas y movilizadas.

Comenzando por el caso soviético, aunque más tarde prevaleciera una sensación de desencanto y amargura respecto de los métodos brutales de la colectivización, la campaña de los 25.000 obreros demuestra, según Viola, “cómo el estado ganó el apoyo activo y la participación de importantes sectores de la sociedad en la instrumentación de la revolución en el campo”⁸³ y que “el apoyo más activo de la revolución entra la clase obrera provino del crucial sector del proletariado industrial, que aportó los cuadros políticamente más activos para ayudar a implementar la revolución de Stalin”⁸⁴, la cual habría sido irrealizable sin la contribución de estos actores. No obstante lo dicho, la resistencia obrera y campesina, aludidas en líneas anteriores de este trabajo, evidencian los límites de estos apoyos.

Por otra parte, para muchos –y de distintas clases-, el desarrollo de la economía soviética representó la apertura de nuevos horizontes, la movilidad social e incluso, para algunos, el ascenso en la carrera administrativa en el seno del partido. Además, un supuesto del modelo económico implantado era el de pleno empleo. El éxito en este aspecto es advertido por Nove, quien mantiene que el desempleo característico de la década del '20 en la URSS fue neutralizado.⁸⁵ Asimismo, la provisión a la población rusa de lo que Hobsbawm llama un *mínimo social*, que incluye trabajo, comida, ropa, educación y vivienda, no debe ser subestimada en cuanto generadora de aceptación del régimen entre la sociedad civil.

Incluso Lewin y Kershaw le atribuyen al estalinismo el haber logrado ganarse el apoyo de sectores de la sociedad más allá del proletariado industrial, base del apoyo bolchevique durante la era leninista. Y gran parte del mismo provenía de una creciente burocracia y de la *intelligentsia* del régimen.⁸⁶

⁸³ Viola, *Los mejores hijos de la patria: los obreros en la vanguardia de la colectivización soviética*, p. 70.

⁸⁴ Ibíd., p. 70.

⁸⁵ Ibíd., p. 163.

⁸⁶ Kershaw, I. and Lewin, M. (eds.), *Stalinism and Nazism. Dictatorships in comparison* (Cambridge, 1997). p. 351.

En el caso de Alemania, y en relación con la escasez de reacciones públicas de protesta frente a la *Kristallnacht* o ‘Noche de los Cristales’ (1938), que Reggiani considera el primer ataque físico y masivo organizado (aunque sólo fuera parcialmente⁸⁷) desde el Estado contra la comunidad judía, este autor sostiene que la pasividad de la población en general, que presenció estos actos de barbarie en silencio, no puede ser explicada en términos del grado de eficiencia y dominación alcanzado por el aparato de terror nazi, sino más bien a partir del grado de popularidad alcanzado por el régimen en ese entonces.⁸⁸ Este apoyo activo se debe, en parte, a los logros en política exterior: la anexión de Austria (*Anschluss*) y la anexión de los Sudetes marcan el momento en el que el régimen gozó de mayor consenso, a lo cual deberíamos sumarle los éxitos de los indicadores económicos. Un ejemplo de esto último es la disminución del número de parados (desocupados), que eran, en 1938, menos de 500.000, en un contundente contraste con los 5,5 millones de 1932.⁸⁹

En este sentido, ambos regímenes se granjearon un sólido apoyo de la sociedad civil que no parecería surgir como un mero resultado de la omnipotencia de un Estado capaz de neutralizar la generación de pensamiento crítico o de alguna suerte de resistencia activa. En cambio, estos apoyos se presentan como decisiones racionales basadas en los beneficios tanto materiales como simbólicos que una determinada política económica o exterior producen en los miembros de aquella sociedad.

De hecho, en contraposición a la interpretación de la escuela del totalitarismo -la cual ubica al líder como custodio fundamental de la ideología oficial, como movilizador de las masas a partir de esta ideología que las dirige- Kershaw, al referirse al ‘mito Hitler’⁹⁰, que consiste, por ejemplo en la construcción de una imagen heroica e irreal del líder, sostiene que tal imagen fue creada en parte por las mismas masas, más que completamente impuesta a las mismas por el régimen⁹¹. De esta forma, nuevamente estamos frente a un movimiento desde

⁸⁷ Se discute aún cuánto de la *Kristallnacht* fue ordenado desde el gobierno y cuánto se debió a decisiones individuales de algunos nazis.

⁸⁸ Reggiani, A. H., ‘La noche de los cristales rotos y el nazismo en la Argentina’, *Todo es Historia* 376 (Noviembre 1998): 8-30, p. 17.

⁸⁹ Estas cifras se ven relativizadas, sin embargo, si observamos que el promedio salarial era menor al de 1928, lo cual indicaba que, paliar el problema de la desocupación, se había resuelto, a su vez, el de la tasa de ganancia.

⁹⁰ Este idea del ‘mito’ involucra un contraste, que aquí no veremos en detalle, entre ambos líderes. Según Kershaw y Lewin:

The tissue of lies built into the artificially constructed Stalin cult served, in Lewin's phrase, as an 'alibi' for the fact that he was by no means the automatic or unchallenged heir to Lenin. Hitler, though his 'deification' was, of course, in large measure a carefully drafted product of Nazi Propaganda, needed no equivalent 'alibi'. From 1921 onwards, he had never had a serious rival for the leadership of the NSDAP.

Kershaw, I. and Lewin, M. (eds.), *Stalinism and Nazism. Dictatorships in comparison* (Cambridge, 1997). p. 352.

Claramente, un líder que en la práctica es un heredero deberá construir un mito un tanto más alejado de los hechos que un líder que es visto como el salvador, que no es tributario de otros profetas previos.

⁹¹ Ibíd.

abajo hacia arriba, que pone en cuestión los supuestos de la idea de totalitarismo. La construcción del mito Stalin habría sido, en cambio, una operación más unilateral desde el poder, dado que su concentración de poder dentro de la secretaría del PCUS obedeció, en un principio, más bien a una estrategia interna que a la aclamación de las masas como en el caso de los nazis.

Y por último, aunque no pretendemos elaborar una lista exhaustiva de factores, la segunda guerra mundial habría funcionado como un decisivo aglutinante de la población en torno al régimen soviético, que logró explotarla en forma propagandística para movilizar apoyos: ‘[para todos los rusos] por el simple hecho de ser un firme y legítimo gobernante de la tierra rusa y su modernizador, Stalin representaba algo de sí mismos, en especial como su caudillo en una guerra que, por lo menos, para los habitantes de la Gran Rusia, había sido una auténtica guerra nacional’.⁹² En el caso de Alemania, la guerra inaugura la fase más radical del régimen, tildada justamente por Broszat de ‘fase totalitaria’ (la otra habría sido ‘autoritaria’) y, los primeros éxitos bélicos antes de la invasión de Polonia marcan, como ya advertimos, un momento de amplio consenso. La misma culminación de la guerra, con una gran parte del pueblo alemán resistiendo a los aliados hasta virtualmente las últimas consecuencias, podría ser sostenida como evidencia del grado de identificación de esta sociedad con el nacionalsocialismo o, en otros términos, del grado de penetración social que el régimen había logrado.

Algunas conclusiones

La existencia, en la Alemania nazi, de una policía secreta (GESTAPO⁹³) que estaba, junto con las SS, por encima del poder judicial (es decir, no eran responsables ante los tribunales); y el accionar, en la Unión Soviética de Stalin, de los servicios secretos del PCUS, junto con la existencia sistemática de campos de concentración en ambos casos para los supuestos enemigos (ya fueran estos enemigos raciales, sociales o políticos) evidencian el establecimiento de mecanismos de terrorismo de Estado. ¿Pero acaso eso hace a un Estado totalitario? Si así fuera, muchas dictaduras latinoamericanas también lo serían, teniendo en cuenta la sistemática desaparición de personas que aquellas pusieron en funcionamiento durante la década del ‘70. Sin negar el terror como elemento esencial del totalitarismo, aquél no lo explica por sí sólo. Aunque todo Estado totalitario ejerce, según Arendt, Lefort,

⁹² Hobsbawm, *Historia del Siglo XX*, p. 393.

⁹³ Palabra formada por las primeras letras de las palabras Policía Secreta del Estado, en alemán.

Friedrich y Brzezinski, Bobbio, y otros, un terror generalizado contra la sociedad civil, no todo Estado terrorista es totalitario. Sin embargo, en ese sentido sea posible observar quizás un contraste, entre ambos casos, que se vincula con la actitud que toma el régimen ante algunas manifestaciones de ese terror. Por un lado, aunque en los inicios del régimen nazi, la política antijudía (Leyes de Nuremberg, *Kristallnacht*, restricciones a los derechos civiles de los judíos, política de esterilización, etc.) era ampliamente difundida, la denominada *Solución Final* no adquirió publicidad, al menos en sus características más definitorias –el aniquilamiento en las cámaras de gas y la propagación de los campos de concentración- hasta que cayó el régimen. El estalinismo, en cambio, promovió los juicios a la vieja guardia bolchevique como castigos ejemplares que debían ser exhibidos y reivindicados ante una sociedad de potenciales “traidores”. Y estos juicios no se limitaban a una condena falsa y arbitraria sino que los mismos acusados eran sugestionados al punto de lograr en algunos de ellos el pleno convencimiento de que efectivamente habían atentado, de la manera que fuera, contra el socialismo. Todo esto podría ser tomado para sostener algunos de los argumentos de Arendt a los que ya hemos hecho alusión.

De todos modos, en base a todos los elementos, aportados por la historiografía, que hemos relevado como pruebas de las limitaciones del gobierno del NSDAP y del PCUS estalinista, la identificación de ambos regímenes como plenamente totalitarios acaba por naufragar al intentar dar cuenta de la esencia práctica de ambos regímenes y omite, asimismo, las particularidades de los mismos. Sin embargo, distintos hechos evidencian, por otro lado, una manifiesta y explícita pretensión del Estado, en aquellos dos casos, de absorber a la sociedad civil en el marco de un partido único que reclama la representación (aunque este concepto es de por sí problemático si pensamos en términos de Schmitt, cuya crítica al parlamentarismo alimentará algunos posteriores presupuestos nazis) de un pueblo supuestamente (o en aras de ser) homogéneo. Innegablemente, por tanto, algo que aproxima a ambos regímenes son sus propósitos totalitarios, aunque las ideologías que aspiraban a movilizar en esas sociedades no pudieran ser más diferentes.

Bibliografía utilizada

- ← Arendt, H., *Orígenes del totalitarismo* (Madrid, 1987).
- ← Azqueta Oyarzun, D.: *Teoría económica de la acumulación socialista* (Madrid, 1983).
- ← Bialer, S.: *Los primeros sucesores de Stalin* (México, 2000).
- ← Bobbio, N., Matteuci, N. y Pasquino, G., *Diccionario de Política* (México, 2000).
- ← Bracher, K. D., *La dictadura alemana* (Madrid, 1995).
- ← Brinton, M. *Los bolcheviques y el control obrero* (París, 1972).
- ← Clarke, S; Fairbrother, P.; Borisov, V; y Bizukov, P., ‘La privatización de empresas industriales en Rusia: cuatro estudios de caso”, en: *Europe-Asia Studies*, vol. 46, Nº 2, trad. por Elsa Pereyra (1994).
- ← Ehrenburg, I; Ostrovski, N; Strong, A. L.; Sholojov, M.; Uspenskii, G., *Fuentes sobre el campesinado ruso*, selección y traducción por E. Adamovsky (Buenos Aires, 2001).
- ← Fehér, F; Heller, A. y Márkus, G., *Dictadura y cuestiones sociales* (México, 1986).
- ← Feldbrudge, F. J. M., ‘Gobierno y economía en la sombra de la Unión Soviética”, en: *Soviet Studies*, Vol. XXXVI, Nº 4, trad. por la cátedra de Historia de Rusia (UBA) (octubre 1984).
- ← Fernandes, L., ‘Conceitos Fora Do Lugar: Una Crítica Epistemológica das Principias Teorias Occidentais sobre os Estados Socialistas de Leste”, en: *DADOS, Revista de Ciências Sociais*, Vol. 37, Nº 2 (1994): 179-219.
- ← Friedrich, C. J. y Brzezinski, C. K., *Totalitarian dictatorship and autocracy* (Nueva York, 1965)
- ← Getty, A. y Naumov, O., *La Lógica del Terror: Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques, 1932-1939* (Barcelona, 2001).
- ← Golomstock, I., *Totalitarian Art* (New York, 1990).
- ← Hobsbawm, E., *Historia del Siglo XX* (Buenos Aires, 2001).
- ← Joll, J., *Historia de Europa desde 1870* (Madrid, 1983).
- ← Kershaw, I., *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación* (Buenos Aires, 2004)
- ← Kershaw, I. and Lewin, M. (eds.), *Stalinism and Nazism. Dictatorships in comparison* (Cambridge, 1997).
- ← Kitchen, M., *El período de entreguerras en Europa* (Madrid, 1992).
- ← Lefort, C., ‘La cuestión de la democracia”, *Revista Opciones* (Santiago de Chile, 1985).
- ← Lewin, M., *The making of the soviet system*, trad. por Ezequiel Adamovsky (Oficina de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras, 1994).
- ← Neumann, F., *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo* (México, 1943)
- ← Nove, A., *La economía del socialismo factible* (Madrid, 1987).
- ← Parker, R. A. C., *El siglo XX. Europa 1918-1945* (Madrid, 1987).
- ← Payne, S., *El fascismo* (Madrid, 1988)
- ← Ramos- Oliveira, A., *Historia social y política de Alemania* (México, 1973).
- ← Reggiani, A. H., ‘La noche de los cristales rotos y el nazismo en la Argentina”, *Todo es Historia* 376 (Noviembre 1998).
- ← Reiman, M., *El nacimiento del estalinismo* (Barcelona, 1982).
- ← Schmitt, C., *El concepto de lo político* (México, 1985).
- ← Shirer, W., *The Rise and Fall of the Third Reich* (New York, 1960).
- ← Stalin, J., ‘Materialismo dialéctico y materialismo histórico”, *Cuestiones del Leninismo* (Buenos Aires, 1947).
- ← Traverzo, E., *El totalitarismo. Historia de un debate* (Buenos Aires, 2001).
- ← Viola, L., *Los mejores hijos de la patria: los obreros en la vanguardia de la colectivización soviética*, trad. por Elsa Pereyra (Oficina de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras, 2004).